

Clero y política

En los agitados días que vivimos, donde la polarización y la politización aparecen como notas características de todo, la palabra de la Iglesia es esperada. Ahora bien, cada día me convenzo más que la atenta espera a los sermones o ponencias de los eclesiásticos, es recibida o rechazada según vaya o no acorde a los dictámenes y mandatos de la ideología política respectiva, y no tanto por su valor intrínseco pastoral, teológico o moral. Siempre he respetado a la Política, la que se escribe con mayúscula, pues es una de las funciones más nobles e importantes. Mediante ella ha de desarrollarse la justicia. Los políticos debieran ser ejemplos de buen sentido, abnegación, entrega, prudencia y honestidad. Desde el advenimiento del gobierno de Don Eduardo Frei, los tres años de Don Salvador Allende y los catorce años de Gobierno Militar, la actividad política y el ejercicio político han sufrido una profunda mutación en Chile. De la democracia clásica, al socialismo y al pronunciamiento militar. La actividad política fue radicalmente suspendida por el



Escribe el Pbro.
**LUIS EUGENIO SILVA
CUEVAS**

gobierno militar, lo que es criticable. Los innegables problemas suscitados obligaron a la Iglesia Católica a actuar, no tanto políticamente, sino en defensa de los derechos de las personas. Ello no puede reprochársele. Era y es su obligación, preocuparse del hombre en concreto y defenderlo. Pero, desde antes de 1964 se advertía en sectores católicos aperturistas, principalmente laicales, una tendencia reduccionista en sus posiciones religiosas. Pocos eclesiásticos continuaron con esta línea (cristianos para el socialismo y movimientos afines). La acción cristiana se iba reduciendo casi exclusivamente a la lucha por la justicia. En los últimos años, junto con la acción social y de defensa de

las persona, más de algún eclesiástico ha incursionado en política contingente. En principio, no se ve en sí obstáculos o contraindicaciones para ello, pues el sacerdote es un ciudadano, salvo en la dimensión pastoral del sacerdote, dado que lo político lleva en sí polarización y pasión, y el ministro ha de ser un pastor-padre, de fieles militantes de diversas tendencias. Por eso, cuando un eclesiástico habla, encontrará una buena o mala prensa, o feligresías parroquianas, según su discurso o enseñanza puedan aplicársela, sacándole dividendos los sectores políticos interesados. Cabe por lo demás pensar ¿no le conviene eso a ciertos partidos, aprovecharse del indudable prestigio e influjo del clero?

En general, se puede afirmar que la formación filosófica y teológica de los eclesiásticos no es elemento adecuado que los habilite para pronunciarse políticamente.

Es cierto que es muy difícil, por otra parte, ver dónde empieza lo moral y dónde lo político contingente. Y

como el sacerdote es hombre de totalidades, por su visión de fe, es fácil que confunda los roles y los niveles de responsabilidad.

Lo afirmado anteriormente me permite concluir que estamos en el umbral de un clericalismo, que posiblemente sea más fuerte que el vivido en Chile antes de 1925.

Es de esperar que restablecida la normalidad plena constitucional y la democracia, no sólo los militares vuelvan a los cuarteles, sino que también los eclesiásticos a las funciones que les son propias, la predicación, los sacramentos, las acciones de caridad y la evangelización total del hombre y la cultura en nombre de Jesucristo.

La Jerarquía debe hablar, cuando lo requiera el bien espiritual y moral del país, mayoritariamente católico.

El corazón del hombre anhela algo más allá de lo económico y lo político, busca la respuesta total, donde lo espiritual juega un papel capital, en medio de nuestra cultura saturada de materialismo y a la vez de injusticia.